

La correspondencia al
Director y Administrador
Don Manuel Navarro
Campamento provincial de
Exploradores
Alhama de Murcia

ESPUÑA

Órgano del Campamento provincial de los Exploradores
durante la semana escultista

Precios de suscripción

UNA PESETA

Número suelto 0'15

NO SE DEVUELVEN
LOS
ORIGINALES

Otro año más

Y con la aparición de este primer número de la serie correspondiente a la semana escultista, celebramos el VII Campamento.

Con pujante vigor, si cabe más que otros años, se ha llegado a realizar esta grandiosa reunión, en donde la esplendorosa juventud, llena de entusiasmos, convive gozosa; dando a su espíritu el solaz esparcimiento del puro amor que despide la obra de Dios en estos maravillosos repliegues de la montaña, y robusteciendo las energías físicas con el ejercicio constante que lleva consigo la práctica de los concursos escultista.

Cada año se anuncian nuevas tropas que vienen de lejanas tierras a confraternizar con nosotros, ejercitándose en la vida del Campamento.

A las tropas de exploradores de Madrid, Valencia, Albox y Granada, que ya se han conaturalizado con las tropas de exploradores de esta provincia, han pedido datos para realizar sus viajes las de Santander, Valladolid y Tortosa, teniendo por muy seguro que este año nos visitará esta última.

Como novedad gratísima, tenemos que consignar que este año, además de las Colonias de Patronato y escuelas de niños, han asistido las de niñas que se han instalado admirablemente en la casa forestal-albergue.

Muchos son los que han contribuido a enlazar nuestro Campamento y a darle vida propia. Desgraciadamente para nuestra causa, han desaparecido del mundo de los vivos valiosos elementos de los más entusiastas. A la muerte de Precios, Médico de la tropa de Murcia, sucedió súbitamente la del Ilustre General Ortega, socio de honor de la Institución y esforzado adalid de los exploradores.

Afortunadamente contamos aún, y quiera Dios contemos muchos años con la decidida protección del eximio patricio alma mater del Campamento, Excmo. Sr. D. Isidoro de la Cierva, que a su gran protección para todo lo que significa engrandecimiento de las glorias patrias, une un corazón todo bondad y generosidad para el desvalido, y una voluntad firme y decidida para encauzar por los senderos del bien las iniciativas de la juventud exploradora que tantos días de gloria puede dar a nuestra amada España.

Es evidente que el tiempo no pasará en valde. Que los que hoy figuran como sostenedores de este movimiento escultista dejarán de ser socios activos, bien por su edad avanzada, o porque rindan su tributo a la muerte; pero es indudable que surgirán nuevos apóstoles que con igual fé y denuedo continuarán la obra ya comenzada con tan plausibles auspicios.

Para todo buen ciudadano, es atraente el lema de nuestra institución «Siempre Adelante».

Nosotros que nos preciáramos de serlo queremos hacer honor a este hermoso título y aquí estamos para reseñar cuanto ocurra en la semana escultista del VII Campamento.

Un saludo a la prensa y un voto de gracias a nuestros favorecedores.

Diario de un Explorador

I

El Compañero

En 1917, año primero de los Campamentos de Espuña, pasó aquí unos días el Sr. Pizarroso, redactor de «La Correspondencia de España». Aquel excelente compañero entusiasta de los Exploradores, en tal punto que tuvo tres hijos en esta Institución y uno de ellos todavía continúa y es ahora Instructor Supernumerario de la tropa de Madrid, supo transmitir a su periódico las impresiones que obtuvo entre estos pinos, todas muy gratas, ciertamente.

Eran los días brillantes del Escultismo murciano. Habíanse creado fuertes agrupaciones en muchos pueblos de esta provincia. Los había en Mula, Lorca, Lorquí, Alhama, Caravaca y Puerto de Mazarón, amén de las otras más importantes que todavía subsisten. Cartagena había ofrecido aquel derroche de fraternidad y de hidalguía jamás igualado, verdadera locura entusiasta de un pueblo contagiado por el espíritu ejemplar de su Consejo de Exploradores. Águilas acababa de celebrar la más solemne de sus Promesas de Bandera, con asistencia de todos los camaradas de Murcia y Cartagena y de brillantes representaciones de las demás ciudades. En la región se respiraba ese ambiente propicio a todas las exteriorizaciones de simpatía, que por desgracia, no es sino un pasajero fuego fatuo de tantos como produce el alma de la raza. Pizarroso pudo llevarse ideas halagüeñas acerca de lo que eran podían ser los Exploradores de la provincia de Murcia y de lo que fué aquel primer campamento.

Vinieron después los años difíciles, aquellos en que este Campamento, como el Escultismo y como todos los seres en el periodo de la infancia corrió sus riesgos más graves. Después los años de la consolidación y de la madurez. El Campamento echó raíces gracias a la voluntad de su fundador y a la perseverancia de los hombres que le ayudaban en tres o cuatro rincones de la provincia, y, por fin, se hizo cosa necesaria, indispensable y, sobre todo, consustancial con el Escultismo, como lo son los Campamentos en todos los países donde hay Exploradores.

Así hemos llegado al Campamento VII, y he aquí, que, después de seis años de aislamiento periodístico, durante los cuales la gran Prensa nada ha dicho de esta obra, como si fuese cosa de otro planeta, nos encontramos hoy gratísimamente sorprendidos con la presencia del redactor que envía a nosotros A B C, el cual, por hacernos la deferencia más amable, ha querido conferir su honrosa representación a este paisano nuestro, digno de todos afectos y de todas las admiraciones, que se llama D. Manuel Reverte y al que, durante los ocho días de nuestra efímera vida de periodistas nos vamos a permitir llamar «nuestro querido compañero», que, al fin, bueno será que «Espuña», como periódico de mayor circulación en esta pinada, pueda hombrarse y tratar de tú por tú al diario de mayor circulación de nuestra Patria.

Ha hecho bien A B C. Nosotros hemos creído siempre que no es el suceso el que ha de ir en busca del periodista, sino el periodista en busca del suceso. Así, es práctica frecuente en el periodismo español: pero no constante porque esa práctica ofrece muchas lagunas. Quisiéramos nosotros que no fuesen únicamente el crimen sensacional, la corrida de toros, el escándalo político, el espectáculo del balompié, los exámenes en las Academias Militares, ni otros tales acaecimientos los que tuviesen la virtud de atraer la atención de los periodistas. Bien es cierto que la

atraen porque asumen también la del público y éste es, a la postre, quien impone sus gustos a las informaciones de Prensa. Pero ocurre la paradoja de que también se ocupan los diarios de otras cosas que a nadie importan ni el público reclama, a saber: la caída de un ciclista, el nacimiento de un robusto niño, la reuerta de dos comadres, o la salida o regreso de un señor particular que vá o viene a su cortijo. ¿Porqué no husmear también, como se hace en las casas de socorro y a las puertas de los Ministerios, en esas otras esferas, olvidadas, de la vida nacional que es, precisamente, donde la vida nacional se elabora modestamente, intensamente y con mayor eficacia y trascendencia que en los casos taurinos o en los comedores de los restaurantes? No hacerlo así equibale a embobarnos ante el rugido del león o el chirrido de la cigarra, y despreciar el zumbir de la colmena donde trabajan las abejas.

Tratar de esta cuestión es poner a luz el problema ético, social y filosófico del periodismo y no son esta ocasión ni este lugar oportunos para tal menester. Baste apuntar (y esto creo que estaremos todos conformes) que la misión del periódico (función educativa y de orientación) pudiera cumplirse, como la cumple ahora A B C, prestando atención a toda labor trascendente, por modesta que sea, sobre todo cuando se labora sobre los hombres de mañana.

He aquí al redactor de A B C. ¿Qué verá este compañero en el Campamento de Espuña?

Nosotros quisiéramos que viese lo que en realidad tiene más importancia que todo; que viese como tres o cuatro docenas de hombres, entre los cuales hay desde un ex-ministro de la Corona hasta el más humilde guarda forestal, hombres de todas las condiciones, Prelados, sacerdotes, profesores, ingenieros, médicos, letrados, empleados, jóvenes y viejos, ricos y pobres; como estos hombres se consagran durante quince días al cuidado de doscientos muchachos y se convierten en niños como ellos; porque los unos atienden a su alimentación; los otros a su recreo, estos a escribir un periódico para ellos, los de más allá a explicarles conferencias, aquellos a vigilar su sueño y su higiene, otros a organizar juegos y fiestas de solemne puerilidad con las que se divierten, y todos a acompañarles día y noche y a partir con ellos y ofrecerles mil ocasiones de cultivar su inteligencia y educar sus sentimientos, comenzando por dormir como los chicos, bajo una lona y recibir, como ellos, el fuego del sol y el aire cortiente de la montaña, y todo esto, sin un castigo, sin echar mano a la disciplina férrea ni sacar a relucir el ceño del domine, porque los doscientos muchachos y las tres o cuatro docenas de hombres, aunque proceden de apartadas poblaciones se conocen y se tratan como hermanos. Milagro es este que solo el Escultismo produce.

Prescinda el señor Reverte del flamear de las banderas, del redoble de los tambores, de los himnos y de los hurras, de los pintorescos uniformes, de todo esto que tanto dice a la imaginación de los niños y es tan de su gusto y tanto contribuye a darles una personalidad colectiva, base de toda solidaridad y de toda disciplina social; prescinda también de las prácticas peculiares del Escultismo, creadas por quien fué profundo psicólogo de la juventud; y aún así encontrará, algo que por sí sólo santificaría y justificaría estos Campamentos: la tarea de almacenar oxígeno, glóbulos rojos, fortaleza, vida en doscientos organismos humanos en formación.

Esto es lo que nosotros hemos querido señalar a la atención del querido compañero, aunque no era necesario; pero nos place decirlo porque creemos que ha de ser confirmado por él, y porque, a renglón seguido podemos exclamar:

